

Daphné B.



maquillada

ENSAYO SOBRE EL MUNDO Y SUS SOMBRAS

traducción: Cecilia Pavón

blatt & ríos

Daphné B.

maquillada

ENSAYO SOBRE EL MUNDO Y SUS SOMBRAS

traducción: Cecilia Pavón

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Portada
Epígrafe
maquillada
Nota de la autora
Sobre la autora
Créditos

*no solo salud
belleza
bondad
también un poco de iluminador en la punta de la nariz
en el arco de cupido
en las mejillas*

Maude Veilleux
Une sorte de lumière spéciale

Schmoney, dinero-sch.

*La estrella pop anarquista ha tenido un bebé con el hijo del multimillonario. Es un fajo gris verdoso de armas y billetes. Es la prueba, para quienes la necesitaban, de que ella realmente no quiso decir lo que decía.*¹

A menudo pienso en el bebé que tuvieron la estrella pop y el rico heredero.

Pienso en el fajo gris verdoso de dinero y armas, ese color en el que se cruzan la riqueza y la violencia, fibras indisolubles de un mismo tejido. Intento comprender el color, expresar su confusión con palabras. Es un fajo turbio, como el agua sucia. De una opacidad muy práctica que le ayuda a ocultar su banal verdad: no hay billetes sin armas.

Tener un fajo de algo es tener mucho. Pero la opulencia presupone escasez, porque florece sobre la miseria de los demás. De esta relación cercana y esencial nace la violencia. Este bebé está disparando un arma.

El bebé que describe la poeta Anne Boyer no es gris, sino grisáceo. No es verde, sino verdoso. De hecho, su tono desafortunado e inacabado cambia constantemente. De ahí los sufijos *áceo* y *oso*. Siempre está tomando otro color y mutando, como un órgano en descomposición. El riñón de un cadáver cambia de marrón a negro. La tráquea, primero blanca, se vuelve roja, luego olivácea. El color traza un movimiento, nos encierra en un ciclo. Y nadie escapa a su danza.

¹ Anne Boyer, "No World But The World" [No hay mundo más que el mundo], en *Garments Against Women*, Boise, Ahsahta Press, 2015, p. 18.

Durante mucho tiempo creí que los poemas eran pequeñas profecías, que contenían presagios: una muerte, un concepto científico, un elemento que faltaba en la tabla periódica. Pero ahora pienso que lejos de predecir el futuro, las imágenes de los poemas cristalizan un fenómeno que ya existe y que siempre debe encontrar nuevas palabras para decirse a sí mismo. En este sentido, la poesía no es que sea vidente, sino que está fuera del tiempo. Más precisamente, *la poesía no se corresponde con lo que está sucediendo; es siempre inactual. De hecho, es más probable que te suceda [la poesía], mientras que muchas otras cosas que parecen más importantes no te sucederán nunca,*² dice Jean Cocteau, en un vídeo donde le habla al año 2000. La poesía, por lo tanto, no es actual. Pero la actualidad, por su parte, no acontece sin poesía.

¿Sospechaba la poeta Anne Boyer que el bebé del capitalismo, con el que ella fantaseaba, iba a nacer algún día? ¿Que un hecho se abriría paso hasta las portadas de los periódicos y le demostraría que tenía razón tres años después de la publicación de su colección de poemas? Después de todo, la poeta no inventa nada, simplemente escribe lo que ya existe. Porque la actualidad, como el bebé gris verdoso, no es más que una prueba *para quienes la necesitan.*

En mayo de 2018, Grimes, la estrella pop canadiense autoproclamada antiimperialista, hizo pública su relación romántica con el empresario multimillonario Elon Musk, clasificado en el vigésimo tercer puesto de la lista de las personas más ricas de Estados Unidos. Antes de levantar el

velo de su amor, Grimes sabiamente retira la mención “antiimperialista” de su biografía de Twitter. Ahora está saliendo con el hombre que sueña con colonizar Marte.

Grimes: la princesa del Montreal underground hecho de lofts polvorientos y de las sustancias químicas que usamos para relajarnos. La chica de pelo verde, negro y rosa que trabaja sin descanso y que se encierra durante días en la oscuridad, sin dormir ni comer, para gestar sus discos de música experimental. Cyborg, pop y metálica, bañada en una nube de hollín iridiscente, la música empuña el sable y persuade a las serpientes. Sus canciones suenan como la droga que nos hace subir de repente, como la velocidad con la que volvemos a bajar.

Hablo de Grimes porque fuimos a la misma universidad, porque era amiga de una amiga, amante de otra. En un momento, antes de que saliera con uno de los hombres más poderosos de la Tierra y de que promocionara su música con carteles proclamando que “el calentamiento global es algo bueno”, la sentí cerca de mí. Uno de mis ex me describió las fiestas que hacía en su casa. Me habló de su departamento sucio, la mugre de su bañera cubierta por un agua casi negra. “Estaba mugriento”, me dijo. Era Grimes. Como sea, esa suciedad no me es ajena. Mancha todos los apartamentos asequibles en Montreal. Incluso hoy, la lluvia sigue filtrándose por mi techo.

Cuando se supo del romance entre Grimes y Musk, yo estaba saliendo con un conocido sociólogo. Treintañero, con la cabeza afeitada, un “rebelde sin praxis”. El tipo de socialista que no siente nada cuando se pone un condón. Tan radical... con su ropa de lino negro y sus americanas decoradas con pins. Vivía en Los Ángeles, trabajaba para una empresa que cotizaba en bolsa y conducía un BMW. Recuerdo su mirada escandalizada cuando hablaba de la ropa sucia de su amada cantante. Una Grimes capitalista era más de lo que podía soportar. Estaba decepcionado,

casi asqueado. ¿Pero ese asco provenía de todas las Grimes que sentía latir dentro de sí mismo?

Porque la parte de nosotros mismos que reconocemos en el otro nos repugna. Los cadáveres, por ejemplo, nos repelen porque detectamos en ellos nuestra propia muerte. Algún día seremos nosotros *la ignominiosa podredumbre que nuestros seres queridos se encargarán de ocultar ante la vista de los supervivientes.*³ Estar disgustado es tener náuseas, estar en un espasmo desesperado por distanciarse del propio ser.

¿Qué había hecho Grimes, sino visibilizar las contradicciones constitutivas de nuestro siglo, esas contradicciones que continuamente amenazan con destruirnos? Todo es tanto una cosa como la contraria. Incluso los deseos que me impulsan se oponen entre sí. Deseo el fin del mundo con el mismo fervor con el que lo temo. Además, a menudo me sorprende convocando a la catástrofe, abriéndole suavemente la puerta. Acepto el apocalipsis como el resultado “natural” de una existencia elástica, lista para volar en mil pedazos.

Aislada en un piso vacío, en medio de una pandemia, solo pensaré en comprarme una vela de pomelo. Desearé que mi fin del mundo huela bien. Veré vídeos para aprender a decolorarme el pelo por mi cuenta. Haré el test de internet para averiguar cuántos planetas similares a la Tierra necesitaríamos si todo el mundo consumiera como yo. El test dirá: 3,6 planetas. Me disculparé por eso.

Me disculpo todo el tiempo. Incluso me disculpo por disculparme. Tengo 3,6 planetas en mi vientre y uno más atascado en la garganta. A veces deseo el apocalipsis de la misma forma en que se pide perdón. Me alivia imaginar mi desaparición.

Pienso en mi sociólogo de Los Ángeles. ¿De verdad cree que puede escapar de la paradoja en la que nos encierra nuestro siglo?

Si es así, entonces, San Sociólogo, ruega por mí.

- 2 *Jean Cocteau s'adresse à l'an 2000*, disponible en línea: www.youtube.com [última consulta: 22/3/2022]. Agradezco a Olivia Tapiero por haberme hecho conocer este vídeo.
- 3 Georges Bataille, "La Mort", en *L'Histoire de l'érotisme*, París, Gallimard, 1976, p. 79.

Maquillada, metida en la cama, escucho una canción que habla del dinero, lleno mi carrito de compras de Sephora hasta el borde: dos paletas de sombras de ojos iridiscentes, un lápiz de ojos y un frasco de retinol. Con el clic de un mouse, desperdicié el equivalente a un tercio de mi alquiler. Hice que una estrella implosionara, aniquilé a una familia de mariposas, arrasé un campo de tréboles. Pronto vendrá un camión y me entregará una pequeña caja.

No estoy haciendo nada para detener el apocalipsis. Estuve pegada durante cuatro horas a la pantalla de mi ordenador. La paleta de sombras de ojos Conspiracy, fruto de una colaboración entre los youtubers estadounidenses Jeffree Star y Shane Dawson, acaba de ser lanzada.⁴ Solo dos minutos antes de que saliera al mercado, el aumento de usuarios de internet hizo que colapsara la plataforma de comercio electrónico Shopify. “¡Habéis roto internet!” Jeffree Star se apresura a decirles a sus frustrados fans que intentan sin éxito hacerse con la paleta.

Sin embargo, este quiebre informático no tiene nada de sorprendente. Juntos, Jeffree Star y Shane Dawson tienen más de treinta y nueve millones de suscriptores en YouTube,⁵ una verdadera marea humana. Mientras Shopify trabaja duro para revivir la plataforma de sus cenizas y permitirle al capital que siga su curso, los fanáticos febriles recurren a Twitter. Hay una que publica un vídeo suyo en el hospital. Se la ve empujando su soporte intravenoso hacia la ventana más cercana, teléfono en mano. Está decidida a recibir la señal y mantener su lugar en la cola de espera digital.

“De camino a la ventana tratando de obtener algo de señal para poder comprar la #ShaneDawsonXJeffreeStar #ConspiracyPalette 🙄 ya que no pude salir del hospital e ir a una tienda Morphe 🙄”.

Todo el mundo está conmovido por este acto de devoción, yo también. Shane Dawson está llorando, quiero decir: Shane Dawson está tuiteando emojis de hombrecitos llorando. En la sala de conferencias donde se filma la serie, alguien les grita a los dos acólitos que probablemente tengan más influencia que el presidente estadounidense. Y puede que sea cierto, ya que en este preciso momento están ejerciendo una verdadera fuerza gravitacional sobre millones de cuerpos. Como los astros, Shane y Jeffree desvían sutilmente mi órbita, la mía y la de tantas personas. Obligan a esta niña enferma a empujar su soporte intravenoso, a caminar hacia la ventana más cercana para refrescar su pantalla. Ahora, más de dos millones y medio de clientes están haciendo cola en internet, ansiosos por finalizar su transacción. Menos de cuatro horas después, antes de que yo misma pueda conseguir la paleta, un millón cien mil unidades⁶ han volado y todos los artículos de la colección están agotados. El lanzamiento de la paleta Conspiracy deja así una marca en los anales de la industria de la belleza.

Vale, no estoy en Los Ángeles, no estoy saliendo con el CEO de Tesla, no tengo discografía propia. Aun así, no puedo distanciarme tan fácilmente como me gustaría de la contradictoria estrella pop, esta chica “que no piensa mucho lo que dice”. Acabo de perder un día de mi vida fantaseando con una paleta de maquillaje, y esta no es la primera vez que pierdo el tiempo así. Soy feminista, poeta y traductora. Intento luchar contra el capitalismo, el sexismo, el racismo y el colonialismo que me acechan por dentro. Y a pesar de que hablo en voz alta, a pesar de que cuestiono a los hombres demasiado seguros de sí mismos cuando estoy

en vivo en la radio estatal, no soy inmune a lo que describo. Me da vergüenza consumir y desperdiciar mi vida en webs que alimentan mis deseos inagotables. Mi libido está disminuyendo, pero todavía tengo ganas de comprar. Comprar. Sin importar qué. Un nuevo color de sombra de ojos, zapatos, vino anaranjado, una salchicha hecha de carne de foca. A veces, no llego a convencerme de que mi inercia es una forma de autocuidado. Contemplo mis privilegios y la sangre sobre mis manos manchadas de pan y mantequilla. Mi vergüenza no hace que se frene ninguno de mis impulsos.

Cuando vivía en Taipéi, una anciana de mi calle vendía unas batatas cocinadas al carbón. Yo, que no vendía batatas, que probablemente nunca en mi vida vaya a vender ningún tipo de patatas, me alejaba de su puesto lo más rápido posible cada vez que pasaba por delante. Me escabullía para correr a lo largo de un río contaminado con la sincera esperanza de esculpir mi trasero. En aquellos tiempos, lograba salir de mi letargo para ir a fumar cigarrillos al balcón. Encontré mi disfrute en la autodestrucción; la vi como una forma de salvarme. Me gustaba pensar que matándome un poco iba a terminar perdonándome por existir. Y si bien *no hay nada de malo en la vergüenza cuando nos descentra*,⁷ cuando nos mueve, el bebé hecho de dinero y armas se mueve en mi vientre. Me da pataditas.

Como una gota de rocío clavada en los hilos de un lienzo complejo y flexible, no estoy fuera del fajo gris verdoso del capital, sino más bien entrelazada en su mortaja vibrante. Wikipedia me dice que una telaraña es un tipo de trampa. Y a veces yo soy el prisma por el que atraviesa el sol. Yo soy la que hace al sistema brillar. Maquillada, enlentejuelada, mcdonalizada; soy la lluvia que convierte mi trampa en cristal.

Pero me gustaría dejar de barrer mi vergüenza con cigarrillos o arrebatos suicidas. Me gustaría escuchar hablar a mi vergüenza y aprender de ella.

[4](#) Fue lanzada el 1 de noviembre de 2019.

[5](#) Esta cifra fue calculada en noviembre de 2019. Desde entonces no cesa de aumentar.

[6](#) Según una historia de Instagram de Jeffree Star, se vendieron un millón cien mil paletas.

[7](#) Nicholas Dawson, *Désormais, ma demeure*, Montreal, Triptyque, 2020, p. 156.

Navego en una abundancia que no debería permitirme. Hago clic en productos. Compro en el vacío. Creo un perfil de *sugar babe*⁸ en la web de citas SeekingArrangement, fantaseo con la idea de que me paguen para tener lo que siempre he dado gratis. Quinientos dólares por hablar conmigo, besarme, penetrarme. PapaLuisVuitton, Daddy's_Home y Renardinterstellaire, vengan a mí. Realizo un seguimiento de los me gusta, las publicaciones; hago mi selección según los ingresos anuales y los valores netos de estos abuelos con el rostro enmascarado, a menudo mayores que mi propio padre. Mientras camino por las calles de Outremont, transformo a los hombres de mediana edad que me cruzo en *sugar daddies*⁹. Parece que todos están buscando una súper amiga con quien jugar, sin drama, sin ataduras. Papá te cuidará. Tal vez adivinaron que las mujeres como yo estamos del lado del colapso lacrimógeno, las emociones demasiado intensas. Sin drama. Se sienten obligados a prevenir desastres.

El repartidor llama a la puerta. Una vez más tengo un propósito, una razón de ser: abrir cajas. Sudario, estuche, joyero iluminado, creo que he encontrado mi religión. El lujoso maquillaje que compré está envuelto como si se tratara de una reliquia sagrada. Mis sombras de ojos Pat McGrath vienen en bolsitas de plástico transparente, llenas de lentejuelas. Cuando las rompo, una gota de oro se derrama sobre mis sábanas. Este resplandor es el único tipo de brillo que puedo permitirme. Chanel, Yves Saint Laurent, Marc Jacobs, Armani... La cosmética y los perfumes siguen siendo la metonimia de un lujo mayor. Al

hacer asequible una parte de las inaccesibles casas de alta costura que representan, crean la ilusión de una abundancia que cualquiera puede disfrutar.

Para emular la elegancia de las clases sociales más acomodadas, a veces tienes que cambiar tu nombre. Leo que Florence Nightingale Graham se rebautizó a sí misma como Elizabeth Arden cuando abrió su propio salón de belleza en 1910. Fue con ese nombre comercial que construyó su imperio de cosméticos. Esta enfermera canadiense, hija de un granjero, llegó a encarnar la opulencia que comenzó siendo solo una actuación. “Fake it till you make it”, finge ser algo hasta conseguirlo, como se suele decir. De hecho, tallaron “Elizabeth” en su lápida.

Por mi parte, mi nombre de usuaria en SeekingArrangement es poetbaby. Me pregunto si se notará que no soy una verdadera *sugar babe*. Los años que tengo se me notan en los ojos, en los pelos rebeldes, en los hematomas, en las células potencialmente cancerosas. Quince nuevos *daddies* visitaron recientemente mi perfil y siento ganas de lastimarlos y después susurrarles al oído: “Sin drama”.

⁸ Término popular del inglés, habitualmente utilizado para referir a una mujer joven que escoge mantener lazos afectivos y sexuales con un hombre mayor a cambio de dinero. [N. de la t.].

⁹ Término popular del inglés, de *sugar daddy*, habitualmente utilizado para referir a un hombre de edad avanzada que mantiene relaciones afectivas y sexuales con mujeres de menor edad gracias a su posición económica, de la cual la *sugar babe* se beneficiaría implícita o explícitamente. [N. de la t.].

Pensándolo bien, el bebé gris verdoso del capital puede ser verdín, ese color de los monumentos que aparece cuando el cobre se corroe; el verde de las estatuas y los edificios oficiales, la autoridad simbólica de los techos de los edificios patrimoniales. El verde del Ayuntamiento de Montreal.

El color que tienen todas las personas que me dicen que lo entenderé cuando sea mayor, cuando tenga hijos.

El de mi madre llamándome puta.

El de la policía y la señora alcaldesa que aumenta las tarifas del transporte público.

El de la Libertad iluminando el mundo desde el sur de Manhattan.

Este verdín se fusiona con el poder estatal, la vigilancia y el control de los cuerpos. El cobre se oxida y los edificios, los cuarteles, las pirámides erigidas en la marcha de la colonización se cubren con una pátina venerable. Susurra como el viento en las hojas, es sangre que se ha vuelto de color verde. El metal se consume, se degrada. Y, curiosamente, cuanto más se envilece, más respeto y obediencia exige su color.

Mi bisabuelo trabajaba en una mina de oro y cobre. Él minó este color con el sudor de su frente. El 26 de diciembre de 1941, cayó desde una altura de cuatrocientos metros al fondo del pozo número cuatro de la mina Noranda. Mi abuela Ghislaine tenía solo 18 meses cuando su padre murió.

“Mientras Johnson y el Sr. Blais tenían un pie en el ascensor y el otro en el suelo del nivel mil doscientos, el